

de se ha captado el respeto de los feligreses que ven en él un padre cariñoso y tierno que aspira por su felicidad y progreso.

El Ilmo. Prelado de la diócesis á que pertenece, le ha ofrecido una silla de Canónigo, la cual no ha aceptado, en primer lugar, porque la modestia y la humildad han sido su lema, y en segundo porque no quiere separarse de los fieles de quienes es pastor, pues los ama como á hijos verdaderos.

Ministros tan dignos de nuestra Religión como el Señor Astey, que ha consagrado su existencia á la felicidad de la humanidad y sembrando por doquiera la doctrina del Crucificado, merecen ser conocidos por la posteridad y por eso nos hemos propuesto, aunque sea someramente, biografiarlo, esperando que su vida sirva de ejemplo á los Ministros que empiezan á dar los primeros pasos sobre el escabroso sendero del ministerio de la Religión Cristiana.



SR. PRESB. D. ANTONIO MERCADO,  
GOBERNADOR DE LA DIÓCESIS DE TEPIC.



territorio de Tepic ha tenido en su seno a eclesiásticos distinguidos, y así como el Apóstol alentó los pastores yendo a predicar lo docetina del Nazareno por las dilatadas regiones del África, hasta recibir el martirio en Armenia, así los Ministros de la Iglesia teopiquense no han vacilado en cumplir su misión no preocupándose de los enemigos de la Religión.

Los sacerdotes de la nueva ley se muestran infatigables en la propagación de la doctrina del Mesías verdadero según la frase del Profeta Malaquías, *¿no he enviado yo a los profetas y a los sacerdotes por Dios, en ya conocido de todas las naciones de la tierra unido. Así lo dijo el referido Profeta al dirigirse a los Doctores de la Ley en estos términos: "He aquí lo que dice el*

**EL** Territorio de Tepic, grande por sus producciones, por su industria y por todos sus elementos de riqueza pública, no lo es ménos por el culto católico que día á día se propaga, haciendo la felicidad de los hogares y formando familias creyentes que harán una generación grandiosa por sus hechos y por sus tendencias.

Al frente de aquella diócesis que tanto prospera moralmente, se hallan eclesiásticos que trabajan asiduamente por el engrandecimiento de la Iglesia en aquella parte privilegiada del continente mexicano.

Una de esas figuras que se destacan majestuosas como las de los patriarcas bíblicos, es la del Sr. Pbro. D. Antonio Mercado, Cura y Vicario Gobernador de la Mitra de aquel Territorio.

Hombres de espíritu como San Júdas Tadeo, el te-

SR. PBRO.

**DON ANTONIO MERCADO**

CURA PARROCO DE TEPIC



rritorio de Tepic ha tenido en su seno á eclesiásticos distinguidos, y así como el Apóstol afrontó los peligros yendo á predicar lo doctrina del Nazareno por las dilatadas regiones del Africa, hasta recibir el martirio en Armenia, así los Ministros de la Iglesia tepiqueña no han vacilado en cumplir su misión, no preocupándose de los enemigos de la Religión.

Los sacerdotes de la nueva ley se muestran infatigables en la propagación de la doctrina del Mesías verdadero, quien segun la frase del Profeta Malaquías, último de aquellos hombres que hablaban inspirados por Dios, era ya conocido de todas las naciones de la tierra mucho ántes de venir al mundo. Así lo dijo el referido Profeta al dirigirse á los Doctores de la Ley en estos términos: "Hé aquí lo que dice el Señor: *Mi afecto ya no es para vosotros y no recibiré ofrenda de vuestras manos, porque desde el Oriente hasta el Occidente mi nombre es grande entre las naciones; en todas partes me ofrecen sacrificios y me presentan una oblación pura en gloria de mi nombre, porque mi nombre es grande entre todas las naciones.*"

El Cordero sin mancha es hoy inmolado en los altares en holocausto de los pecados del mundo, y la Hostia propiciatoria ha reemplazado á las ovejas que se quemaban ante el ara del Señor.

El pueblo cristiano se reúne bajo las augustas bóvedas del templo y presencia la venida del mismo Cristo que exhalara el último suspiro allá en la elevada cumbre del Calvario.

Dichosos los hombres que, escogidos por Dios para el altar en una época tan feliz para el Cristianismo,

guían á la humanidad como el gran Legislador bíblico al pueblo escogido.

Las promesas del Salvador del mundo están cumplidas, y los sacerdotes son los depositarios de ellas; las prodigan á todo creyente y no las escatiman ni aun á los enemigos de la Iglesia.

El Sr. Pbro. Mercado nació en el pueblo de Amatitán, auxiliar de la parroquia de Tequila, el día 5 de Julio de 1840, siendo el hijo más querido de la Sra. D<sup>ca</sup> Aquilina Hernandez y del Sr. D. Nazario Mercado, personas de una moralidad sin límites y de una conducta cristiana intachable.

Aunque de una mediana posición, aquel matrimonio procuró dar á su hijo una instrucción completa, dedicándole á ella desde muy niño.

En la escuela, nuestro biografiado comenzó á distinguirse por su inteligencia privilegiada, y llegó á ocupar los primeros lugares en todas las materias de instrucción elemental y primaria.

A los doce años y meses, aquel niño pasó al Seminario de Guadalajara á cursar gramática latina, bajo la dirección del Sr. Canónigo D. Antonio Castañeda. Desde entónces fué muy considerado, tanto de los catedráticos como de sus condiscípulos, por su asiduidad en el estudio, su moralidad, sus finas maneras y todas aquellas cualidades ajenas á toda afectación, todo lo cual indicaba que nuestro biografiado estaba predestinado por Dios para que fuese uno de sus Ministros en la tierra.

Sin concluir los estudios de latinidad ingresó como novicio á la Orden de San Francisco el año de



1858, en la que hizo votos simples, pero llenos de fe, de amor divino y de esa abnegación propia de las almas elevadas que han venido á este suelo muy purificadas ya con el óleo bendito de la creencia.

En aquella santa Orden, el espíritu piadoso del joven Mercado se acrisoló más y más con la austeridad y el reposo que proporciona la vida monástica, esos días felices que se deslizan llenos de consuelos y esperanzas, como en seguro puerto, léjos de las borrascas de la vida.

Aquellas horas que se suceden apacibles y gratas, porque no dejan ninguna decepción ni desengaño, formaron para el novicio de vocación la época más hermosa de la vida.

Y no podia haber sido de otra manera; aquel sér, predestinado, como lo llevamos dicho, para que figurara en la Iglesia Católica, sólo podia hallar lleno á sus aspiraciones en la vida del Señor, allí en el sagrado recinto donde no pudiera llegar el bullicio del mundo, y el espíritu pudiera elevarse en alas de la Religión á las regiones eternas de la dicha verdadera.

Las leyes de reforma vinieron á turbar la calma que reinaba en aquellos lugares sagrados; la exclaustración de todas las órdenes religiosas vino á poner un *hasta aquí* á aquella vida quieta y tranquila de los monasterios, y todos los que alejándose del núcleo de la humanidad se habian despojado de todas las pasiones y de todas las flaquezas de la materia, tornaban á formar parte de esa humanidad, pero salvos siempre de los vicios de la carne y vigorizados con la fe.

Entónces llega para el joven Mercado el momento de prueba: le estaban reservados por el Cielo muchos sufrimientos y muchas tribulaciones; pero él, inspirado en el amor divino, él que tenia la abnegación de un mártir, sabria desarmar con su paciencia á los enemigos de la Iglesia.

Y así fué: cuando la exclaustración, el Sr. Mercado sufrió ultrajes y vejaciones sin cuento por la gente malvada que proclamando los principios liberales, mal entendidos por cierto, desempeñaban un papel bajo y triste.

La paciencia del Sr. Mercado no se alteró en lo más mínimo, por el contrario, siempre se le vió como ejemplo de humildad, llegando á captarse las simpatías de los mismos que ántes le trataban mal.

Verificada la exclaustración, el Sr. Mercado ingresó al Seminario Conciliar, donde cursó Teología escolástica, Historia y disciplina, Teología moral y humanidades, bajo la dirección de los Sres. Dres. D. Agustín y D. Felipe de la Rosa.

En el año de 1865 vino al país el Sr. Meglia, Nuncio de Su Santidad el señor Pío IX, con motivo de arreglar cuestiones de la Iglesia, y en unión de otros religiosos de Zapopan y San Francisco, el Sr. Mercado pidió dispensa de los votos simples para poder ordenarse de clérigo, lo cual efectuó el Sr. Mercado, siendo ordenado á título de administración por el Ilmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo, Dr. D. Pedro Espinosa, el día 2 de Abril de 1865; cantó la primera misa en el pueblo de su nacimiento el día 30 del mismo mes, desempeñando su augusto ministerio en las parro-



quias de Ixtlán, San Pedro Lagunillas y la de Tepic.

En todos estos puntos manifestó su ardiente celo por el culto divino, distinguiéndose mucho por las atenciones que prestaba á los feligreses, impartiendo los auxilios material y espiritual.

Como un verdadero apóstol trabajaba infatigablemente en el confesonario y en todas las demás funciones del sacerdocio, edificando á los fieles con su buen ejemplo.

A principios de 1872 se le confió la parroquia de Huauchinango, que atendió perfectamente hasta el año de 1877, fecha en que se le agració con la de San Sebastián, en propiedad.

En dicha parroquia permaneció hasta el año de 1886 en que por oposición de concurso fué también nombrado en propiedad Cura de la parroquia de Tepic, feligresía que satisfactoriamente administra hasta la fecha, teniendo asimismo á su cargo, como dicho lo tenemos, el gobierno eclesiástico de la diócesis, puesto que desempeña con beneplácito de sus diocésanos. Tiene tal tino y acierto, que admira verdaderamente.

Toda la diócesis de Tepic está contenta con tan digno Pastor, porque reúne todas las cualidades y virtudes propias de un jefe de la Iglesia, en poblaciones tan creyentés como Tepic.

Si mucho ha realizado en la parte espiritual el Padre Mercado, mucho es aún lo que le falta para dejar satisfecha su aspiración. Obra como la que se ha propuesto el que rige los destinos eclesiásticos de aquel rico Territorio, es obra de tiempo y de eficaz

ayuda; ésta la tiene el Sr. Pbro. Mercado: que el Cielo le preste larga vida y llegará al fin que se propone.

Merced al desprendimiento que el ilustre párroco tiene de los bienes terrenos, el templo está suficientemente provisto de todo lo necesario; en la ornamentación y demás gastos ha invertido el Sr. Presbítero Mercado grandes sumas de dinero, en las que ha entrado gran parte de su propio peculio; el esplendor del culto ha aumentado notablemente.

La moralidad impera en todas las clases sociales de Tepic por los cuidados que para ello tiene el párroco, y al efecto anualmente da una tanda de ejercicios para que las familias recurran á implorar el perdón de sus culpas y mejoren sus costumbres, llevando al hogar los buenos consejos y la caridad cristiana.

Entre las mejoras materiales que ha hecho y está llevando á cabo, se cuenta el edificio destinado á la Casa de ejercicios piadosos; las torres del templo que están para concluir; dos establecimientos para escuela de niños, cuyos planteles dan ya magníficos resultados, y otras muchas obras materiales que, unidas á las espirituales, testifican y acreditan el empeño y celo con que el Sr. Pbro. Mercado gobierna la diócesis de Tepic.

Personajes como el que hemos procurado biografiar, bien merecen que la historia les dedique una página inmortal como recompensa por sus servicios y afanes. Eso pretendemos en nuestra humilde obra y no son otras nuestras aspiraciones.

Consignar en artículos biográficos los hechos de



las personas más prominentes del Clero Mexicano, es de justicia, porque á ellas se debe el apogeo que hoy goza la Religión en todo el suelo de la República; es la misión que nos hemos propuesto y á la que daremos término sin desmayar, porque seremos constantes en nuestro propósito.

Si la historia eclesiástica recoge nuestros datos y los utiliza, quedaremos completamente satisfechos, y esa será la mejor recompensa de nuestros humildes trabajos.

¡Ojalá y las generaciones venideras sigan las huellas que el sacerdocio deja trazadas en la senda escabrosa de la vida para que las almas vuelvan á su patria!

SR. PBRO.

## DON EUSTORGIO JIMENEZ

CURA DE TEPETITLAN, ESTADO DE HIDALGO

No vamos á presentar en este pequeño artículo la respetable figura de un anciano sacerdote en cuya frente, rugosa por los años, resplandece la majestad augusta de las virtudes acrisoladas por la experiencia; no se destacará entre las líneas que imperfectamente trace nuestra pluma, la blanca cabellera de un sexagenario, coronando como las nieves eternas de los montes, un rostro impassible y sereno donde se manifieste una templada alma á la que nada pueden hacer los sufrimientos de la vida cuando tiene fija su única esperanza en el último linde de la existencia humana y lleva sus afecciones más allá del sepulcro, donde despues de haber llenado cumplidamente su misión sobre la tierra, puede ir á descansar eternamente. Nó; el eclesiástico que hoy viene á ocupar una página humilde en nuestro libro, se yergue



alentado por el vigor de treinta y cuatro años; en su rostro, apacible como el de los Apóstoles, se retrata una belleza de alma no combatida aún por las decepciones de los muchos años, ántes bien palpitan en ella todavía los ensueños juveniles; y no obstante, en la afable sonrisa de aquel jóven y en aquella mirada no existe uno solo de los detalles que revelan aquel afán por el mundo, cuando las primeras ilusiones, como tibios celajes del crepúsculo matutino, despiertan al alma de su sueño purísimo en la infancia.

El corazón de nuestro biografiado no le pertenece desde que la vocación del sacerdocio le llevó ante el ara santa para depositar sus votos y entregarse al servicio del Señor. Todas sus ambiciones están cifradas en implantar por todas partes las máximas consoladoras y sublimes de la Religión. Lleva en su pecho el constante deseo de hacer el bien, y esto le basta, con ello se halla íntimamente satisfecho.

Hechas las anteriores digresiones, pasemos á detallar, aunque someramente, la vida íntima y pública, digámoslo así, del sacerdote que á la presente rige los destinos de una parroquia importante.

Nuestro recomendable biografiado nació en la ciudad de Toluca, capital del Estado de México, el año de 1858, viniendo á embellecer el amoroso hogar del Sr. D. Francisco Jimenez y de la Sra. D.<sup>ca</sup> Francisca Rivera, matrimonio que Dios había santificado con el amor más puro y la felicidad más completa.

Aquellas amenas y dilatadas regiones, donde la Omnipotencia Divina ha dejado la huella de su crea-

dora mano, esas fértiles campiñas que ostentan el verdor y la fragancia de una vegetación privilegiada; aquel extenso Valle que se dilata como una alfombra de esmeralda, hasta tocar los planios de Ixtlahuaca y que se eleva majestuoso sobre todos los que existen en la República, ostentando con orgullo el histórico monte de las Cruces, en cuya cima, como en la del Sinaí, se manifestó el Dios de las misericordias, invocado por el venerable Cura del pueblo de Dolores en el augusto sacrificio de la misa, para que ayudara á aquel pueblo agobiado por la tiranía y le hiciera triunfar contra sus opresores; ese suelo tan poético que custodian los elevados volcanes del Popocatepetl y el Ixtlazihuatl, con su blanco penacho de hielos perpétuos, ese fué el sitio donde pasó su infancia el Sr. Pbro. Jimenez lleno de esa felicidad que sólo se halla en el seno del hogar paterno, siendo objeto de halagos y caricias.

La naturaleza pareció destinar aquellos sitios para que en sus primeros años aquel niño se deleitara verdaderamente con todas aquellas maravillas y viera por todas partes, con flores y con plantas, con cerros y con nieves, el nombre de su Dios, manifestándose grandioso.

La edad de la niñez iba pasando, y los padres del Sr. Jimenez procuraban que su instrucción primaria fuese bastante sólida, no descuidando en nada la educación moral de aquel niño que más tarde debería prestar importantes servicios á la humanidad.

El año de 1873 pasó á la Capital de la República é ingresó al Seminario Conciliar, donde se distinguió



én los cursos de ambas Teologías, dogmática y moral, Filosofía, Latin, Historias sagrada y eclesiástica, Ritos y otras materias, en las que obtuvo brillantes calificaciones.

En 1883 salió del Seminario, recibiendo las Ordenes sagradas, y desde entónces hasta 1885 desempeñó con bastante acierto el cargo de Vicario en la feligresía de Tejúpilco, en su Estado natal; pasó luego con el mismo cargo á Tepozantla en 1886, y desde esta fecha hasta 1888 sirvió con igual carácter la parroquia de San Cosme, en esta Capital, y seis meses despues, estando en la iglesia de Santa Ana, fué nombrado Cura de Tepetitlán, en el Estado de Hidalgo, nombramiento que hizo el Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, cuya muerte no dejará de llorar nunca la Iglesia Mexicana.

Desde que el Sr. Pbro. Jimenez tomó posesión del Curato, hasta la presente, se ha mostrado infatigable en el cumplimiento de su misión, procurando á toda costa que lá feligresía prospere moralmente. En este sentido trabaja mucho. Estableció las Sociedades "Adoración del Santísimo Sacramento" y "Corazón de Jesus," así como las pláticas doctrinales para niños, todos los sábados, y para los fieles los domingos.

Con su elocuente palabra conmueve los corazones, lleva el auxilio, consuela al desgraciado y está siempre donde su ministerio le llama.

El templo parroquial debe á él muchas mejoras materiales, y por cuantos medios han estado á su alcance, hizo el ornato de la iglesia, proveyendo al altar de todos los útiles y paramentos sagrados.

El culto de la parroquia que hoy tan acertadamente dirige el Sr. Pbro. Jimenez, está bien atendido y nada deja que desear.

Por todo esto los hijos de Tepetitlán consagran á su actual párroco un cariño profundo y una admiración justificada, haciendo que su nombre llegue á figurar más tarde en la historia eclesiástica.